

Cooperación asimétrica: ¿la despolitización de las redes internacionales en las Ciencias Sociales actuales?

Leandro Rodríguez Medina* y Hebe Vessuri**

La politización de la ciencia es una de las principales consecuencias del enfoque sociológico de ésta, que se convirtió en corriente principal en las últimas décadas, especialmente en el ámbito de los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología (CTS). Un creciente interés en cómo la política y el Estado son moldeados por la ciencia, es hoy en día una característica del campo, donde los estudios de casos han ilustrado prolíficamente la naturaleza, en varias capas, de este vínculo. En este contexto, en la internacionalización de la ciencia se ha estudiado *vis-à-vis* el papel de los imperios en la difusión del conocimiento, los efectos de las organizaciones inter-gubernamentales (como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO), el peso de las políticas públicas transnacionales (por ejemplo, la mercantilización de la educación superior sugerida por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), y la convergencia de las políticas institucionales (como los programas de movilidad y de doble grados). Aun así, esta comprensión de la ciencia politizada parece enfrentarse a un obstáculo importante: para muchos académicos, la internacionalización no es más que una dimensión de sus carreras que necesita ser desarrollada. Dicho de otra manera, una estructura intensa de incentivos ha naturalizado de algún modo las conexiones internacionales de los estudiosos y por ello tienden a desvalorizar o ignorar cualquier dimensión política (y las consecuencias epistémicas) con el fin de cumplir con los requisitos institucionales y los intereses individuales. Dado que, sin embargo, los académicos son conscientes de las diferencias entre los campos nacionales, en términos de prestigio y de recursos de las entidades y los individuos, llamamos a esta estrategia de internacionalización "cooperación asimétrica". Conviven en ella (no siempre en armonía) una institucionalización e internalización de la interna-

* Profesor asociado e investigador de la Universidad de las Américas Puebla (UDLAP) y Profesor Visitante "Paul F. Lazarsfeld" de Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco (UAM-A).

** Investigadora del Instituto Patagónico de Investigaciones Sociales y Humanas (CENPAT-CONICET) e Investigadora Visitante del Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental de la Universidad Nacional Autónoma de México (CIGA-UNAM).

cionalización académica con una aparente despolitización de dicho proceso. En este trabajo, exploramos la utilidad de este concepto y discutimos las implicaciones del mismo para las disciplinas y los actores involucrados.

Introducción

El término *internacionalización* tiene múltiples facetas y su significado e interpretaciones aplicados a la educación superior y la investigación científica han evolucionado en el tiempo. Esto se refleja en las varias terminologías y elementos asociados con la internacionalización, que indican fases y dimensiones. También revela diferentes racionalizaciones respecto a la internacionalización como consecuencia de los cambios habidos (De Witt, 2011; Marginson y Van der Wende, 2007; Kehm y Teichler, 2007).

Un número creciente de gobiernos ha incorporado a sus planes la internacionalización de la educación superior y la investigación científica, enfocándose en los “programas internacionales”. Las políticas han sido interpretadas de forma diferente en distintos momentos, para ajustarse a situaciones cambiantes tanto nacionales como internacionales. Los países del sur global han estado enviando estudiantes a Europa y Estados Unidos desde los tiempos del desarrollo modernizador en la inmediata posguerra, cuando la cooperación formalizada con instituciones extranjeras se consolidó, desde los años cincuenta, con ayuda euro-norteamericana. En muchas partes, una cierta burocratización del fenómeno lo ha venido reduciendo paulatinamente a una definición pragmática de movimientos transfronteros de estudiantes, programas e instituciones, descuidando su análisis como proceso de integración de conocimientos envueltos en la dimensión internacional e intercultural de la docencia, la investigación y los servicios de las instituciones de conocimiento.

Un componente institucional que ha estado crecientemente motivado a asumir iniciativas que se calificarían como “de internacionalización” ha sido el profesoral, que sólo recientemente ha comenzado a ser considerado desde el punto de vista de las políticas por parte de las instituciones académicas. Evidencias interesantes en la literatura (Turner y Robson, 2007) sugieren que las motivaciones personales de los profesores/investigadores pueden ser variadas, y no siempre coinciden con la visión institucional. Los profesores asumen nuevos papeles como parte del asociacionismo internacional, interdisciplinario, orientado al trabajo en grandes equipos que funcionan en redes. Su participación en tales iniciativas suele ser personal, como lo ha sido tradicionalmente. Esto, por otra parte, incide en el prestigio institucional y éste en el del profesor respectivo. De esta forma, una creciente movilidad de ideas y de personas compacta a los sistemas académicos a través de asociaciones, programas de intercambio, consorcios y redes (Altbach y Teichler, 2001).

En este trabajo nos interesa analizar la cooperación científica internacional tal como se da entre investigadores, en el contexto de profundas asimetrías. Da-

do el enorme imperio del pensamiento utilitario (Caillé, 1988), exploramos dimensiones de la instrumentalización visibles en la intencionalidad de investigadores mexicanos por incorporarse a redes estratégicas. Todo esto, argumentamos, sucede como parte de las políticas de internacionalización aplicadas por el gobierno nacional y las Instituciones de Educación Superior (IES). Concluimos con algunas reflexiones sobre las implicaciones de politización o despolitización del sector académico que suponen dichas políticas; discutimos en todo caso, el tema de qué politización es la que se refleja en los procesos actuales.

Cuestiones teóricas y metodológicas

Las transformaciones que acompañaron la institucionalización de la ciencia y la educación superior en la segunda mitad del siglo XX fuera de la región de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) han descansado en buena medida en una poderosa noción de identidad científica, profundamente eurocéntrica, que caracterizó a los sistemas de educación e investigación en su construcción y/o reconstrucción, su expansión y autogobierno. Los científicos en todas partes aprendieron a ver el mundo y a evaluarse a sí mismos de manera distintiva. Por medio de su proceso formativo, absorbieron una ideología y una práctica particulares y aprendieron el lenguaje de la comunicación científica.

Como institución social internacional, la ciencia ha replicado repetidamente el modelo en el cual los intercambios científicos ocurren entre metrópolis y provincia, imperio y puestos avanzados, centro y periferia, o, en una jerga más reciente, entre lo global y lo local. A pesar de que tanto los países ricos como los pobres enfrentan problemas diferentes y sus contextos sociales difieren ampliamente, sus instituciones de ciencias sociales exhiben similitudes notables. Independientemente de la geografía, la base de recursos y la tradición histórica, la aceleración de la internacionalización conduce a configuraciones, problemas y soluciones comunes.

Paradójicamente, en circunstancias en las que hay una creciente necesidad de conocimiento globalmente compartido, se mantiene la restricción a conceptos de conocimiento certificados a través del control y la regulación normativos basados en una tradición científica eurocéntrica, que han pasado a estar tan naturalizados que permanecen, en buena medida, invisibles. De esta manera, otras formas de conceptualización, teorización y prácticas cognitivas son descartadas, quedando fuera de juego sin discusión.

Una clara expresión de este estado de cosas se observa en la cooperación científica internacional, tal como se da en un mundo de conocimiento supuestamente plano, homogéneo. Las relaciones son claramente asimétricas y, en vista de que predomina una visión instrumental, tienden a concebirse de manera utilitaria, en oposición al realismo científico, donde las consecuencias prácticas constituyen el criterio esencial en la determinación del significado, verdad o valor.

La evidencia de nuestra investigación sugiere que co-existen una visión instrumental y otra trascendental, basada en principios, donde predomina lo colectivo, ciertas reglas morales y el desinterés. En este capítulo nos enfocamos en las redes estratégicas, sin embargo cabe decir algo más, desde el comienzo, sobre las otras. A diferencia de las ciencias exactas y naturales, cuya misión ideal es decir la verdad sobre los objetos empírico-lógicos evitando cualquier deseo normativo, la primera dificultad con la que se enfrentan los discursos con ambición científica sobre los humanos tiene que ver con el hecho que sus objetos, individuos, grupos, sociedades son también sujetos, funcionan con sentido y siguiendo normas.

No es posible entender la lógica del sentido, de las normas o de los valores que poseen los sujetos-objetos en acción sin interrogarnos sobre el sentido de ese sentido, sin plantearnos el problema normativo. Las ciencias sociales no pueden ser cognitivas sin ser al mismo tiempo normativas. No pueden esperar saber lo que es, sino preguntándose sobre lo que debiera ser. Sólo el cuestionamiento normativo es susceptible de satisfacer el principio de realidad y de participar en el diseño de paradigmas cognitivos. No es posible adquirir una idea de lo que los individuos o sus relaciones son más que preguntándonos lo que pensamos sobre lo que ellos piensan que son y sobre lo que consideran que deberían ser. Esta afirmación sobre el cuestionamiento normativo puede sorprender frente al paradigma epistemológico que domina en las ciencias sociales, el utilitarista, verdadera matriz de la mayoría de las ideas que prevalecen en estos ámbitos del conocimiento. De allí fluye, natural y persuasivamente, una respuesta a la pregunta sobre saber, a la vez, lo que los hombres y las mujeres son, lo que los inspira y lo que regula sus acciones.

Entre las implicaciones empobrecedoras del conocimiento que esto trae aparejado está el hecho que ciertas vías del pensamiento han sido explotadas sistemática y masivamente, en detrimento de otras cuya existencia apenas si se sospecha. Veamos cómo opera este paradigma naturalizado. El valor de los conceptos, las teorías y las acciones asociadas está determinado no por si los conceptos, teorías o acciones son literalmente verdaderos, dados ciertos marcos de referencia, o lo que Latour (2014) llamó preposiciones, o contribuyen a dar forma a cierta realidad, sino por la medida en que ayudan a resolver problemas prácticos. Como un problema práctico fundamental es asegurar la consecución de la carrera académica y la competitividad científica, definida como está, y como hay reglas de juego explícitas al respecto, no sorprende observar un desarrollo significativo entre los investigadores del sur global del interés en participar en redes estratégicas como forma más obvia de respuesta a las políticas de internacionalización.

Dicha respuesta está directamente ligada a un complejo de acciones convergentes: en la era actual en que se producen cambios cuantitativos en la escala de producción de conocimientos científicos y surgen nuevos problemas y enfoques, se han puesto en práctica procedimientos que vinculan la calidad científica a los *rankings* de revistas, una estrategia que ha dejado la evaluación en manos de las grandes casas editoriales y las sociedades científicas interna-

cionales. Las herramientas para evaluar revistas las tienen grandes compañías privadas: *Thomson Reuters* es dueño del *Web of Science*, *Reed-Elsevier* de *SCOPUS* y *Google* de *Google Scholar*.

El diseño de las bases de datos internacionales incluye una cantidad de elecciones técnicas, económicas y lingüísticas. A pesar de su pretensión de representar el mundo de la ciencia de forma fiel y confiable, estas bases tienden a dejar dichas elecciones en la oscuridad. Por ejemplo, si bien el WoS de Thomson-Reuters cubre más de 46 millones de registros en todos los campos, éstos están marcados por un sesgo lingüístico. Dados los elevados números que manejan, bases “internacionales” como ésta invitan a las comparaciones internacionales y el WoS se usa con frecuencia de esa manera. El supuesto subyacente, por supuesto, es que el WoS cubre todas las revistas importantes en el universo de la investigación y que el resto no importa. Así, el WoS acaba siendo usado para apoyar una cantidad de operaciones estadísticas dudosas: seleccionar las “mejores” revistas (es decir, las que tienen mayores factores de impacto según un cierto patrón, en un loop conceptual en buena medida tautológico), comparar conjuntos de revistas por países, comparar los factores de impacto de revistas en una variedad de disciplinas científicas, como si todas las disciplinas citaran de la misma manera, y comparar asimismo la productividad universitaria, entre otras prácticas sesgadas (Vessuri, Guédon y Cetto, 2014).

A pesar de basarse en una noción demasiado restrictiva de “internacionalización” científica, esta modalidad persiste porque, en las últimas décadas logró adquirir un aire de autoridad y porque proporciona un procedimiento de evaluación simplista pero fácil de usar. A esta altura, los practicantes de la ciencia, convertidos en un ejército tecno-científico disciplinado, han naturalizado este fenómeno, como parte del sistema de carrera científica, en la búsqueda del aseguramiento de una estabilidad económica y de posibilidades de avance en lo que se ha constituido como “la competición” científica. De esta forma, aceptan las reglas del juego sin cuestionarlo, entre otras cosas, porque entre el sistema y el ritmo de producción no les queda tiempo para hacerlo.

La peculiar manera de definir la calidad de las grandes bases de datos, tiende a ser ciega a las cuestiones de desigualdades entre países y los desafíos del desarrollo: los *rankings* se usan para identificar campeones; el resto simplemente se descarta. No tienen nada en contra del desarrollo, pero al transformar la calidad en asunto de búsqueda de mejores posiciones en un *ranking*, se introduce la competencia como la herramienta de gestión en el sistema de investigación mundial, y también se define las reglas de dicha competencia. Y al entronizar la competencia, se denigran las formas colaborativas y asociativas que se basan en una visión del conocimiento no como bien apropiable sino como bien común. Colectivamente, a través de sus políticas editoriales, estas empresas deciden qué cuestiones son importantes y así crean para el mundo una clase de política científica que es colectiva, flexible, en buena medida no planificada, pero sin embargo estrechamente controlada. La eficiencia de toda la operación consiste en la exclusión silenciosa de grandes cantidades de revistas,

la mayoría proveniente de los países en desarrollo, y por tanto, de resultados de investigación de científicos a quienes se condena a la invisibilidad.

La investigación institucionalizada en América Latina surgió a comienzos de la segunda mitad del siglo XX como una actividad de interés nacional, si bien los sistemas nacionales de investigación se apoyaron en los llamados “estándares dorados”, particularmente el *sci* (Science Citation Index), ahora conocido como *WoS* (Web of Science). El uso casi exclusivo de indicadores del *sci* para medir la calidad de la investigación pasó a ser un rasgo tanto de los consejos nacionales de ciencia como de las universidades latinoamericanas. La confianza en estos patrones de medida aseguró que sólo un pequeño número de investigadores fuera reconocido, y en la práctica dejó a la región sin una hoja de ruta hacia el desarrollo científico. Crecientemente, las revistas extranjeras, en su mayoría en inglés, fueron identificadas como la investigación “verdadera”, marginalizando y reduciendo a la insignificancia las publicaciones latinoamericanas.

¿Por qué hablamos de asimetrías? El *sci*/*WoS* y *SCOPUS* nunca proporcionaron una cobertura igualitaria o incluso equitativa de disciplinas y regiones, aunque esto quedó en buena medida implícito. Los países de la región latinoamericana no pudieron lograr un grado suficiente de autonomía en relación con los resultados de sus investigaciones para definir prioridades y cuestiones de investigación nacionales. De esta forma se ve que si bien la construcción de comunidades científicas nacionales como instrumento de modernización y desarrollo nacional fue un tema constante en América Latina, la implementación de políticas de participación en redes y de evaluación basadas en las citaciones tendió a funcionar en contra del desarrollo.

La noción de excelencia llegó a dominar las políticas; como esta noción se basa en la competición internacional, llevó inexorablemente a adoptar la agenda de investigación “internacional” y posponer indefinidamente la atención científica a los problemas locales. Ser excelente ha significado competir exitosamente con los mejores científicos del norte en sus propios términos, como si el norte cubriera todos los ángulos posibles de la investigación científica, incluyendo aquéllos de interés para los países del sur.

La situación se complicó más aún por la adopción de las nuevas herramientas de evaluación por los consejos nacionales de ciencia, en momentos cuando los cambios radicales de la era digital cobraban velocidad en todas partes. En síntesis, los procedimientos de evaluación que habían sido implementados en el norte en el auge de las revistas impresas comenzaron a tener efecto en América Latina en vísperas de la transformación digital.

Encontrar maneras de internacionalizar la investigación latinoamericana ha sido una preocupación e inclusive una obsesión de los tomadores de decisiones desde los años ochenta. Algunos cambios observados en las formas de evaluar la investigación en el contexto brasileño en 1988 y en Venezuela en 1987, vislumbraban la situación actual (Vessuri, 1988, 1987). El mismo argumento se ha repetido una y otra vez de forma machacona: la investigación es de calidad si y sólo si se integra a la ciencia de “la corriente principal” (*mainstream*). Con la implementación de este sencillo procedimiento, mucha investigación de calidad

realizada en América Latina no ha sido reconocida en el ámbito internacional, donde empezó a predominar el cálculo para posicionarse eficazmente en el corto plazo, con visión estratégica, que es el objetivo de este artículo.

La cuestión del bajo impacto recurre con regularidad, y se trata de un punto obvio, casi tautológico: si las revistas latinoamericanas no están integradas en las herramientas de rastreo bibliográfico o de citas de “la corriente principal”, obviamente quedarán en gran medida invisibles, y no sólo en los países de la OCDE, sino en todas partes. Sólo de forma reciente los portales de internet comenzaron a corregir esta situación y América Latina está gradualmente construyendo su propio sistema de revistas y repositorios procurando la proyección internacional de sus resultados de investigación así como su preservación. Pero falta asegurarse que los resultados de investigación sean reconocidos en todo el mundo por lo que valen y no por lo que índices como el WoS y SCOPUS dictaminan que valen.

Datos y discusión

Hemos visto que la cooperación asimétrica es la relación que se establece entre dos o más actores cuyos recursos, simbólicos y materiales, están desigualmente distribuidos y que, no obstante, colaboran en proyectos específicos con una finalidad última: posicionarse en el campo. Antes de dar lugar a los datos recolectados e interpretarlos a la luz de nuestro marco conceptual, debemos reflexionar sobre qué es cooperar y qué es la asimetría (y cómo opera ésta). De ese modo, veremos que dicha forma de relación ha dado lugar a redes estratégicas, donde los actores —cual campo de batalla— buscan multiplicar los recursos para mejorar sus posiciones relativas en el campo de estudio.

¿Qué es cooperar? Cooperar quiere decir, siguiendo casi su etimología, operar conjuntamente; que lo que antes se hacía en una sola institución o lo hacía sólo un académico, ahora se distribuya —tecnología mediante— entre varias instituciones o varios equipos de investigadores. Hay distintos tipos de cooperación, con distintos fines cada una. En el presente capítulo y en relación con los datos conseguidos en la investigación en curso, nos concentramos en la noción de cooperar entendida como la relación que se establece entre dos o más actores para producir un determinado producto. En el mundo académico, la cooperación siempre espera arrojar resultados tangibles, como son las publicaciones, y (de forma secundaria) las transformaciones de las prácticas que lo constituyen. Detrás de esta idea hay, al menos, tres supuestos. El primero señala que para proyectos más ambiciosos, más grandes, de mayor impacto, se necesitan grupos de trabajo y no pueden ser realizados exclusivamente por académicos en forma individual. El segundo dice que a través de grupos se puede aplicar a fondos de investigación más cuantiosos, habitualmente otorgados por organismos nacionales o internacionales que imponen como condición la presencia de equipos amplios de trabajo. El tercero indica que la capacidad de impactar con la investigación —es decir, de publicarla— suele ser mayor cuando

se trabaja de forma colaborativa, en especial si hay miembros en el equipo con amplia experiencia y reconocida trayectoria. Este último elemento es clave para nuestro análisis porque da lugar a lo que Wagner (2008) llamó *preferential attachment* y que consiste en la búsqueda de vínculos con aquellos colegas más reputados y mejor posicionados en el campo para beneficiarse del capital que poseen.

Cuando hablamos de cooperar, puede dar la impresión de que nos referimos exclusivamente a personas (¿quiénes otros podrían cooperar?), sin embargo, la cooperación académica es el resultado no sólo del deseo y la capacidad de los investigadores de conectarse productivamente con pares. La cooperación incluye —o, mejor aún, requiere— que se articulen personas con objetos, reglas, procedimientos estandarizados, e instituciones. Una visión de la cooperación académica exclusivamente como asunto de individuos, de científicos, administrativos, ayudantes y directivos, presenta al menos tres problemas:

1. El primero es que las relaciones sociales siempre requieren una materialización que les da sustento, extensión y estabilidad. La cooperación no es la excepción. Sin el complejo entramado de las tecnologías disponibles en cada época, la pura relación de cooperación sería muy limitada, desde las primeras bibliotecas e intercambios epistolares hasta internet, el *e-mail* y las plataformas para trabajo colaborativo como Dropbox o Google Drive. Y si bien esta materialización puede ser vista como una constante a lo largo de la historia, la aceleración en el ritmo de su aparición y su difusión se ha incrementado recientemente.
2. El segundo problema radica en que la naturaleza asimétrica de la relación de cooperación que estamos describiendo no se reduce a los académicos involucrados. Aunque se reconoce que éstos se encuentran en un entorno de disparidades simbólicas y materiales, los artefactos con los que la cooperación se hace posible (o no) son también susceptibles de establecer vínculos asimétricos. Piénsese en los inconvenientes que puede acarrear que dos colegas accedan a *software* especializados que, en uno de los casos, no fue actualizado. O que las instituciones en las que trabajen no estén suscritas, bajo las mismas condiciones, a las bases de datos y, consecuentemente, el acceso a la información sea desigual. Podríamos sostener, sólo a manera de hipótesis, que la asimetría de los componentes no humanos de la cooperación asimétrica ilustra con claridad el carácter desbalanceado de la relación.
3. El tercer problema, y tal vez el de mayores implicaciones filosóficas, señala que una visión de la cooperación asimétrica sólo con individuos impide identificar que son las articulaciones, los ensamblajes y las redes, los que tienen capacidad de producir efectos. La agencia es una propiedad de los colectivos, no de los individuos aislados. Esto se observa claramente en negociaciones académicas internacionales, donde los múltiples niveles institucionales comprometidos dan lugar a resultados inesperados. Al

ver de este modo la cooperación asimétrica, estamos argumentando que su análisis requiere trascender los intereses y los recursos personales, y permite observar cómo los elementos no humanos, desde la legislación nacional a las políticas institucionales, pasando por la disponibilidad de encuentros cara-a-cara y los formatos de evaluación, también juegan un papel clave en el resultado final.

¿Qué entendemos por asimetría? La raíz de la asimetría radica en que los actores que intentan cooperar —y aquellos que, digamos, la hacen posible— están dotados de diferentes recursos. El prestigio, los fondos, las bibliotecas, los asistentes, las becas, los equipos de cómputo, la carga docente, las funciones administrativas y el reconocimiento, por mencionar sólo algunos factores, están desigualmente distribuidos en el mundo académico. Para algunos, la asimetría es el resultado de un proceso por el cual, en algunas regiones del mundo, la inversión en ciencia y tecnología, en educación superior, y en organizaciones para-académicas (como, por ejemplo, las fundaciones filantrópicas) dio lugar a un conjunto más estable y poderoso de instituciones que erigió a dichas áreas en centros del conocimiento (Wagner, 2008). Las mega-bibliotecas, las grandes academias nacionales, los jardines botánicos y zoológicos centrales, y hasta las colecciones privadas localizadas en las capitales imperiales dan muestra de esta habilidad extractiva y su conversión en conocimiento (Burke, 2002). En este contexto, *cooperar* —un vocablo quizás demasiado optimista— se volvió una práctica por la que acabó construyéndose y reproduciéndose una determinada división internacional del trabajo académico. Los centros calculan, las periferias brindan datos (Latour, 1987).

Aquí cabe mencionar un segundo nivel en el que se debe entender las asimetrías: el del procesamiento de la información. Lo descrito más arriba dio lugar a que estas áreas que concentraban datos pudieran desarrollar la capacidad de imponer modos de investigación (teorías, métodos, formas de reportar) al resto del mundo mientras que, al mismo tiempo, extraían de éste información y datos. La asimetría es, desde este enfoque, no sólo una distribución desigual de los recursos (perspectiva estática) sino una capacidad diferencial de procesarlo y de difundir el conocimiento al que dan lugar (perspectiva dinámica). Si a esto se agregan —al mirar históricamente el fenómeno— los procesos sociales, económicos y políticos que acompañaron la labor de difusión de la ciencia —como la consolidación del capitalismo, la formación de imperios y la emergencia de la sociedad del conocimiento— entonces el panorama se complejiza porque la asimetría epistémica queda, por decirlo de algún modo, estructuralmente conectada a las asimetrías políticas, sociales y económicas, locales e internacionales.

Y todavía podría agregarse un tercer nivel de análisis: la asimetría en el uso del conocimiento. Porque mientras en ciertas regiones se consolidaron las instituciones de producción de conocimiento, en esas mismas se fue conformando un sistema socio-económico que demandaba esos saberes. En otras palabras, mientras crecía la oferta de conocimiento brindada por universidades, centros de investigación, academias nacionales e, incluso, empresas, fue creciendo la

demanda de conocimiento para producir nuevos tipos de bienes y servicios. Ya no era sólo poseer más recursos y, si cabe la expresión, mejores instituciones que los transformasen en conocimiento; ahora es también cuestión de quién lo usa, cómo y para qué. En este contexto, no asombra que algunos autores hayan destacado que la asimetría en la capacidad de absorber conocimiento que hay entre diferentes regiones pueda dar lugar a formas de explotación cognitiva (Kreimer y Zukerfeld, 2014).

Lo dicho hasta aquí cabe, aunque seguramente con adecuaciones, para las ciencias naturales (y también la medicina y las ingenierías) y para las ciencias sociales. La cooperación asimétrica y las redes estratégicas que han surgido como consecuencia pueden ocurrir en todos esos campos. Sin embargo, en las ciencias sociales hay al menos dos particularidades que deben señalarse, teniendo en cuenta que, en lo que resta del capítulo, nos enfocaremos en esta área del conocimiento. Las ciencias sociales, a diferencia de las naturales, presentan menor nivel de interdependencia funcional (Whitley, 2006). Así, mientras que en Física o Biología la necesidad de articular las investigaciones nuevas con las preexistentes, tanto a nivel de evidencia empírica como de compatibilidad teórica, es alta, en las ciencias sociales, no. En otras palabras, es posible para los científicos sociales ignorar investigación producida sobre el mismo tema sin que ello comprometa, hasta cierto punto, la posibilidad de publicar los resultados en revistas respetadas y de alcanzar niveles altos de reconocimiento. En este sentido, los científicos sociales tienen mayor margen que sus colegas de las ciencias naturales para pensar con quién conviene cooperar. Pero ello no necesariamente los salva de entrar en lo que Kreimer (2006) llamó integración subordinada con investigadores en ámbitos (universidades, departamentos, laboratorios) que trabajan temas específicos que les pueden agregar ventajas.

Por otro lado, mientras en las ciencias naturales hay elevado consenso tanto sobre el inglés como lengua franca como sobre las revistas académicas como el medio idóneo de presentación de la investigación, en las ciencias sociales esto históricamente se ha problematizado (Ortiz, 2009). Al cuestionar una lengua que al imponerse por razones prácticas produce efectos epistémicos, así como un medio de comunicación científica que es ultra-especializado y, por ello, poco útil para los actores no académicos que requieren el conocimiento producido, los científicos sociales pusieron en tela de juicio los mecanismos básicos de funcionamiento de la ciencia, y en particular las bases operativas de toda forma de cooperación. Mientras asombra escuchar a un químico o un geólogo que señale los efectos del inglés o de la especialización en el desarrollo del conocimiento de sus disciplinas, no es para nada llamativo que un psicólogo o un sociólogo sí cuestione tales efectos (y, al hacerlo, seguramente a sí mismo). Pero cada vez son más los científicos sociales que reconocen la importancia de usar el inglés para tener la posibilidad de una mayor visibilidad. Así, los científicos sociales, que tradicionalmente volvieron más claro, con sus críticas, el carácter asimétrico de dicha cooperación, no obstante pueden escoger subvalorarlo a la luz de sus objetivos estratégicos.

En el siguiente apartado, y basándonos en nuestro trabajo empírico enfocado en las ciencias sociales en México, presentamos las principales características de la cooperación asimétrica. Discutimos también sus implicaciones y la manera en que esta cooperación afecta y es afectada por la internacionalización. Finalmente, explicamos por qué la naturaleza asimétrica de este vínculo no es cuestionada por los actores involucrados.

La cooperación académica asimétrica es instrumental. Eso implica que los participantes se involucran porque esperan obtener, directa o indirectamente, algún tipo de beneficio. No es necesario que los miembros compartan ninguna cosmovisión, ideales o ideología, sino una determinada ética de trabajo que permita relaciones básicas de confianza. Al ser instrumental, esta forma de cooperación se produce siempre con un objetivo claro (una conferencia, un libro, una presentación en un congreso) y su éxito puede determinarse apelando a criterios estrictamente académicos (por ejemplo, el impacto de la presentación en la conferencia o las citas de un artículo publicado). Ese objetivo, a su vez, está fuertemente imbricado en el quehacer académico, o para ponerlo de otro modo, es un objetivo que no busca trascender la dinámica de investigación para producir un impacto a nivel social, político o económico. En el relato de un entrevistado:

La siguiente semana tengo un seminario. Traigo a gente de España y de Bulgaria, y otros cuatro de la Ciudad de México. Es un seminario donde vamos a discutir qué es la tecnología, cuáles son sus bases epistemológicas, cuál es su proceder metodológico y a partir de ahí vamos hacer una publicación, comprometida para finales del siguiente año, en donde vamos a tener el módulo de la teoría, de la metodología y de la práctica. Queremos impulsar eso, como una subdisciplina de la Antropología. Especialmente estos colegas de España [que estuvieron en donde yo trabajé previamente]. Ellos estaban trabajando en cosas muy similares y lo habían llamado así: Antropología de la tecnología. Me contacté con ellos, hicimos redes, vamos a trabajar y a publicar juntos. [Los conocía de antes, pero] llegué [a esta institución] y usé [el contacto] para pedir un recurso que había, de un evento estratégico. Lo gané y ahora puedo traer a estos colegas aquí (Entrevista 1, pasaje 30).

La posibilidad que me da este proyecto: una forma de posicionarme como investigador al interior de la institución, de alguna manera ser investigador joven cuesta trabajo y entonces es una manera de ganarte un espacio dentro de la misma institución (Entrevista 1, pasaje 31).

La estrategia va del vínculo casi personal, al profesional (compartir intereses académicos), a la organización de un evento, a la publicación de resultados, al

intento de construir una sub-disciplina. Difícil observar más claramente la articulación que la cooperación académica requiere y, a la vez, pretende producir. Detrás de esto, por otro lado, no está sólo una visión de la vida académica de un investigador, sino también existen políticas institucionales que fomentan este tipo de vínculos. Más aún, hay un entramado de objetos —como los libros que se publicarán y la conferencia que se grabará para registro de la institución— que contribuyen a su materialización. Y hay, por supuesto, intereses y la búsqueda de posicionarse dentro del campo académico.

La naturaleza instrumental de la cooperación asimétrica es parcialmente responsable de una transformación del vínculo de los académicos con sus instituciones. Lejos están los tiempos del “sentido de pertenencia” o de la “relación casi-filial” con el lugar de trabajo (Sennet, 2000). Ahora, las instituciones son, como los demás miembros de la red, recursos a ser usados, aunque ellas mismas intervienen como actores de la cooperación académica (Altbach 2002, Naidoo 2003). Los académicos no pertenecen a una institución, más allá del vínculo formal, legal e impositivo; los académicos forman parte de entramados en los cuales, junto a otros elementos, están las instituciones en las cuales laboran. Lógicamente, esta relación queda supeditada a la búsqueda del objetivo final: posicionarse en el campo. Como consecuencia, los académicos se perciben sólo circunstancialmente vinculados a las universidades o centros de investigación, a la espera (o en la construcción, mejor dicho) de una oportunidad para desplazarse a otros lugares:

Tengo un compromiso con México, sí... pero sí me gustaría irme, en algún momento, como investigador, con otro proyecto, a Europa. Y estar allá tres años, estar en Estados Unidos. No lo veo complicado para mí. Me gusta la movilidad. Creo que la experiencia está en la movilidad, te hace crecer mucho como investigador. Creo que lo necesito... pero sí siento que es necesario también para mi formación irme a otro país ya como investigador (Entrevista 1, pasaje 37).

[Hay] diferencia con las generaciones pasadas, donde estabas en este trabajo específico, para una sola institución... no me conceptualizo de esa manera. Si eso pasara, entendería que no crecí como investigador al no tomar las decisiones que me gustan... No es estar aquí todo el tiempo, o treinta años después (Entrevista 1, pasaje 39).

Si el futuro se trata de cinco años me sigo viendo aquí, en 10 años no sé. Yo creo que los próximos cinco años espero seguir aquí, trabajando aquí. Me gusta la institución, me han tratado muy bien, me han dado muchas oportunidades y estoy agradecido con eso. Me gustaría quedarme aquí, seguir haciendo cursos, etc., obviamente seguir con mi red de colegas que conozco, como estos que me invitaron a los paneles. Seguir con ellos, tratar de hacer libros editados con alguno de ellos,

sobre algún tema que me gusta, lo que sea. Y tratar de seguir, sí, tratar de publicar en revistas internacionales o editoriales internacionales. Y en 10 años ¿quién sabe? (Entrevista 3, pasaje 5).

No es falta de compromiso lo que se observa en estos fragmentos. Es, paradójicamente, el efecto de estimular, a nivel institucional, la internacionalización y, en ese contexto, la cooperación asimétrica. Al conformar redes, y precisamente debido a las desigualdades encontradas, los académicos adquieren una visión más estratégica de su carrera en la que los lazos internacionales se perciben como la llave de acceso a mejores condiciones. No es llamativo, entonces, que cuanto más éxito se tenga en establecer redes estratégicas basadas en cooperación asimétrica, mayores probabilidades habrá de que las instituciones no puedan retener a sus académicos más productivos, que irán buscando cómo moverse hacia nodos más centrales dentro de esas redes.

Por otro lado, este tipo de cooperación también ha reforzado y se sostiene en la creciente tendencia a depender de indicadores cuantitativos de productividad académica. Si el objetivo final de estos vínculos es posicionarse en el campo, el medio inevitable es publicar artículos en revistas indexadas o libros en editoriales internacionales prestigiosas. El impacto se mide a través de indicadores bibliométricos cada vez más complejos que, teóricamente, dan cuenta del grado de relevancia de la contribución entre los colegas. Lo que cuenta es dónde se publica y cuántos citan la publicación. Un juego fuertemente endogámico que a menudo tiende a encerrar a los investigadores en las lógicas (temáticas, métodos, formas de argumentar) de las revistas de corriente principal, en inglés, y publicadas en el norte global.

Hice un trabajo sobre el seguro popular. Empecé a hacerlo como un proyecto para sólo enviarlo como *paper* a congresos. Al final, recibí muy buenos comentarios y dije: "Lo voy a enviar a El Colegio de México [como] retribución a mi alma mater". Pero me dijeron que no lo hiciera. Un colega me dijo: "No te conviene, porque obviamente el prestigio o el impacto —todo ese tipo de cosas— lo tienen mejor los *journals* en inglés". ¡Y tiene razón! Entonces, cuando me dijo eso, ya había traducido mi trabajo al español y me costó como tres o cuatro semanas hacerlo (de nuevo en inglés). Y luego decidí enviarlo a este *journal* británico, editado por Cambridge University Press, el *Journal of Latin American Studies* (Entrevista 3, pasaje 1).

Nuevamente, hay que aclarar que estas decisiones no surgen sólo como manifestación de intereses individuales. En la red en la que se inserta el académico, están también los incentivos institucionales a la productividad (o, para ser más exacto, a cierto tipo de productividad) así como las políticas públicas de ciencia y tecnología, concretizadas en las recomendaciones del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) para la evaluación de la carrera de investigador (Sistema Nacional de Investigadores, SNI). Esto deja en claro para

quién opera la cooperación asimétrica: si bien el investigador individual siente que gana, en realidad la cooperación asimétrica beneficia a los pares con quienes se quiere establecer algún vínculo, a los jefes de laboratorio que aumentan su prestigio ante la expansión de los contactos internacionales de su laboratorio, a los editores de las revistas de corriente principal en los centros mundiales, que se han convertido en poderosas empresas comerciales de conocimiento. Sin embargo, estas posturas implícitamente también descartan a otros interlocutores, fuera de la academia, con quienes también podrían pensarse diferentes formas de internacionalización para producir otros tipos de impacto.

Yo estoy muy claro que a mí, como me gusta completamente la cosa académica, sé que el impacto debe ser con mis pares académicos. Entonces no estoy preocupado si me va a leer un político en México, o algún tomador de decisiones en México. Me importa más que me lea algún profesor, en cualquier país, no importa, Y no tiene que ser solamente latinoamericano o de Estados Unidos. Obviamente el idioma creo que es fundamental. La lengua franca, desafortunadamente o afortunadamente, es el inglés pero... esa es una de las grandes razones por las que uno tiene que publicar en inglés, en *journals* en inglés (Entrevista 3, pasaje 2).

¿Si me estoy alejando o no de alguna manera de la realidad social de mi país al no estar produciendo mucho en español? No lo creo. Porque son niveles diferentes. Si estás en una cuestión netamente académica, publicar en inglés es lo mejor. Si estás en una cuestión más práctica, de hacer intervención estratégica en política pública, pues seguramente lo vas a hacer en español (Entrevista 1, pasaje 55).

Una primera lectura podría indicar que la cooperación asimétrica tiende a despolitizar la ciencia, lo cual, para las ciencias sociales, es problemático. Por un lado, el lenguaje técnico de las publicaciones científicas invita al intercambio sólo con quienes tienen el *ticket* de entrada al campo (conocimientos formales y tácitos necesarios para interpretar y, eventualmente, responder) y genera, de forma artificial y eficiente, un cierre del diálogo. Por el otro lado, los excluidos refuerzan la idea de "la torre de marfil" y la dificultad de enrolar a las universidades, los centros de investigación y otros actores públicos y privados en planteos socio-políticos más amplios y, consecuentemente, menos técnicos. La ciencia pasa a ser cosa de los científicos.

Empero, una segunda lectura, quizás más crítica o malintencionada, sostendría que la cooperación asimétrica produce una forma específica de politización en la cual los académicos del polo asimétrico más débil se auto-excluyen del debate político bajo el postulado de su conocimiento experto. Es una politización que en lugar de multiplicar las voces de los participantes, tiende a reducir las. Es, tal vez, funcional a las políticas neoliberales que tratan de desarmar colectivos reforzando el individualismo y, al mismo tiempo, de tecnocratizar la sociedad

elevando, a menudo banalmente, el saber científico-tecnológico. No sorprende que las políticas de fomento de la internacionalización sean ciegas a los costos que los académicos en desventaja, los que laboran en la periferia, deben pagar para participar del intercambio científico “de alto nivel”. La sociología de la ciencia está inundada de registros que hacen patente que la visibilidad internacional frecuentemente se paga al precio de la irrelevancia local (Alatas, 2001).

Pero si la cooperación asimétrica parece ser funcional a los más poderosos, ¿por qué participan en ella los más rezagados, los que tienen menos recursos materiales y simbólicos? La respuesta tiene varias aristas que deben ser exploradas. Diremos, para empezar, que parecería que no hay posibilidad de no participar. Si las promociones y los subsidios dependen, en buena medida, de un récord de publicaciones en las revistas principales y éstas, a su vez, requieren que se acepten sus lineamientos editoriales —explícitos e implícitos— entonces los académicos periféricos no tienen mucho margen para desafiar este esquema. La aceptación de estos criterios, a su vez, parece ser el resultado de una especie de homogeneización (o, quizás mejor, la euro-americanización) de las carreras académicas. Con el tiempo, los requerimientos de ciertos lugares, centrales para las dinámicas de la ciencia y la tecnología, se han ido constituyendo en requerimientos universales —sin, lamentablemente—, una universalización de los recursos materiales y simbólicos que también esos lugares proveen.

Por otro lado, hay que pensar que la participación de los académicos periféricos también obedece a una visión estratégica según la cual, aún en desventaja, es posible capitalizarse a partir de la internacionalización. La idea es volverse localmente reconocido gracias a la red de alcance internacional. Es buscar afuera los aliados que pueden fortalecer posiciones locales, en primer lugar, y dar lugar a movimientos internacionales, como última instancia, dado que las posiciones dominantes del campo siguen estando en los centros de producción de conocimiento. La cooperación asimétrica, para los académicos que participan en ella, no es inherentemente negativa. Al ser instrumental, se parte de la idea de que es un juego en el que todos, potencialmente, pueden ganar, aunque se acepta que no todos ganan lo mismo. La asimetría es reconocida, evaluada, calculada, incluso utilizada, pero no subvertida, porque ello pondría en riesgo el medio principal (publicar) y el fin último (posicionarse en el campo).

Acompañé [a colegas de la Universidad de California] en cuatro ocasiones a diferentes comunidades en México. Y eso me dio la oportunidad de relacionarme con equipos internacionales, interdisciplinarios. Y también me abrió las puertas a publicar, porque los proyectos tenían como producto último de la investigación un libro publicado por la Universidad de California en donde los participantes, los estudiantes y los investigadores escribían en conjunto los diferentes capítulos. [Así], tuve la oportunidad de publicar en cuatro libros con ellos y eso fortaleció mi currículum y me permitió ingresar a esta institución (Entrevista 1, pasaje 14).

Más aún: la asimetría puede dar lugar a la necesidad de reforzar la preparación, aun cuando ello, por otro lado, deviene en una mayor presión sobre los académicos periféricos para “estar a la altura” de sus pares del norte. En otras palabras, se exige más a quien tiene menos recursos a disposición, pero a cambio se le presenta una estructura de incentivos y reconocimientos que, en última instancia, se visualiza como un paso válido hacia el objetivo final.

Mi especialidad no son las encuestas, las entrevistas, pero bueno, me he visto en la necesidad de aprender. Porque trabajas con grupos interdisciplinarios, tienes que desarrollar esas habilidades [...] Me he visto incluso en la necesidad de tomar cursos, pagar por cursos de estadística, SPSS (Paquete Estadístico para Ciencias Sociales). Porque, de pronto, me siento excluido al estar en ese tipo de grupos de investigación, que son muy fuertes en el ámbito cuantitativo. Entonces me he visto obligado a desarrollar esas habilidades, no para hacerme experto, sino para poder comprender y actualizarme, al menos en cierta medida (Entrevista 1, pasaje 22).

El énfasis en la asimetría no debe ocultar que en las redes que se organizan alrededor de este tipo de cooperación fluyen datos, información y conocimiento y que, en general, son altamente eficientes en el logro de sus objetivos. El carácter asimétrico hace referencia a que el flujo tiene ciertas direcciones y revertirlas no es algo que los actores se propongan —o que, si lo hicieran—, pudieran lograr. Las tecnologías de la información han permitido un incremento en la cantidad, calidad y velocidad de estos flujos, haciendo viable la conformación y mantenimiento de las redes estratégicas. Es cierto que toda red depende, para su supervivencia, de que se la esté permanentemente (re)produciendo. Pero a diferencia de otras redes, donde circulan otro tipo de valores (Latour 2014), asociados con el afecto (Rodríguez Medina, en evaluación), en éstas la existencia misma de la red depende de la capacidad de sus actores de nutrirla permanentemente, de estar siempre “camino a” un próximo congreso, un próximo artículo, una próxima videoconferencia. En ese sentido, son demandantes de una serie de prácticas más o menos cotidianas que mantengan, por decirlo de algún modo, a los actores en actividad. Por ello, una consecuencia —todavía poco explorada, y menos aun empíricamente— es que la cooperación asimétrica tiende a ser efímera, tiende a desaparecer ni bien se alteran, incluso un poco, las condiciones que le dieron origen. El carácter efímero, al mismo tiempo, atenta contra cualquier objetivo de largo aliento y condena —o, mejor aún, limita— a las redes que se originan de ese modo a unas metas menos ambiciosas y más específicas.

Conclusiones

De lo presentado hasta aquí, surgen varias preguntas: ¿Qué tipo de politización implica esta aparente “despolitización” de la internacionalización en ciencias

sociales? En segundo lugar, ¿de qué manera las decisiones a nivel micro de los académicos van produciendo efectos *meso* y *macro*, como la consolidación del negocio editorial, la supremacía del inglés o el predominio de los *rankings* en la justificación de políticas públicas e institucionales? Y, finalmente, ¿deben las políticas públicas, por ejemplo de los consejos de ciencia y tecnología, reenfocar la internacionalización y de alguna forma “reactivar” redes más trascendentales, más preocupadas por lo colectivo y menos por lo instrumental?

La “despolitización” de la internacionalización en las ciencias sociales es parte del proceso de simbiosis creciente entre el Estado y los negocios. Con hábiles malabarismos en lo que se describe como el triunfo de la despolitización, la ciencia y la política aparecen como habiendo resuelto finalmente su antagonismo histórico a través de la subordinación de la política a la ciencia. Pero por supuesto la política sigue viva y floreciente. El nuevo modelo de ciencia y de práctica científica predominante promueve una relación diferente entre ciencia y sociedad. La *ciencia instrumental* resulta de un proceso prolongado de subordinación del conocimiento a los imperativos de la actividad económica, a menudo retomados por las políticas públicas. Hoy depende en gran medida del patronazgo de un tipo organizado de poder: la corporación industrial. La figura del científico pasó a ser la del científico-empresario (aunque muchas veces “la empresa” sea el proyecto de su propio avance personal en la carrera científica). El conocimiento que resulta de la ciencia instrumental es fundamentalmente información que aumenta las posibilidades de control de la naturaleza y las personas. En este sentido, es claro que lo que los actores mismos llegan a percibir como despolitización de su quehacer técnico, es más bien una forma específica de repolitización de la ciencia.

En cuanto a la segunda pregunta, vemos cómo las decisiones a nivel *micro* de los académicos van produciendo efectos *meso* y *macro*, tales como la consolidación del negocio editorial, la supremacía del idioma inglés en la comunicación científica o el predominio de los *rankings* en la justificación de políticas públicas e institucionales. Pero si se adoptan otras miradas con perspectiva de mediano y largo plazos, más allá de la retórica que envuelve a las políticas públicas actuales, podrían observarse procesos en marcha que son generadores de desigualdades y desorden en las instituciones científicas y académicas (institutos de investigación y universidades). Habría, así, un lado negativo y poco explorado de la internacionalización académica, que este capítulo ha buscado resaltar. Las tensiones y las contradicciones crecientes entre el lucro privado (en el que hay que ubicar las carreras académicas como bienes aislados y comercializables) y los excesos a los que conduce la promoción mercantilizada de logos institucionales, así como la desmesurada búsqueda de concentración de capacidades y prestigio, también minan la creatividad y el riesgo que han sido característicos de la aventura científica, al orientarse más por lo seguro y exitoso. Tampoco permiten a los países que más necesitarían tener la posibilidad de pensar rutas alternativas para encontrar soluciones a sus problemas, hacerlo con más libertad.

Por último, con respecto a si las políticas públicas, por ejemplo de los consejos de ciencia y tecnología, deben reenfocar la internacionalización, pensamos que lo estratégico desde el punto de vista de países particulares, sería fortalecer redes plurales, heterogéneas, con diferentes actores y productos de investigación múltiples, y no sólo las publicaciones de corriente principal. La pluralidad a la hora de pensar la internacionalización no sólo refleja mejor lo observado empíricamente en lo relativo a las estrategias de los académicos, permite, además, pensar en los diferentes resultados que dicha internacionalización da lugar, empezando por poner en cuestionamiento aquello que se ha asumido de manera bastante lineal: ¿para qué hay que internacionalizar la ciencia? La persistencia de la orientación actual llega a la cosmopolitización de la academia y la pérdida de amarres con la gobernabilidad nacional. Una alternativa sería recuperar la trascendencia de estas redes, anclándolas a metas y objetivos que tengan relevancia en los contextos locales en las que operan. La ciencia puede, o incluso debe, ser cosmopolita pero no al costo de la irrelevancia

Referencias bibliográficas

- Burke, P. (2002). *A Social History of Knowledge. From Gutenberg to Diderot*. Cambridge: Polity Press.
- Caillé, A. (1988). *Critique de la Raison Utilitaire. Manifeste du Mauss*. Paris : Editions La Découverte.
- De Witt, H.: (ed.) (2011). *Trends, issues and challenges in internationalisation of higher education*. Centre for Applied Research on Economics and Management. Amsterdam: University of Applied Sciences.
- Kreimer, P. y Zukefeld, M. (2014). "La explotación cognitiva: tensiones emergentes en la producción y uso social de conocimientos científicos, tradicionales, informacionales y laborales". En P. Kreimer, H. Vessuri, L. Velho y A. Arellano (coords.), *Perspectivas Latinoamericanas en el Estudio Social de la Ciencia, la Tecnología y la Sociedad*, México: Siglo XXI Editores y Foro Consultivo Científico y Tecnológico.
- Latour, B. (1987). *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers Through Society*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, B. (2014). *Investigaciones sobre los modos de existencia. Una Antropología de los modernos*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz, R. (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Madrid: Anagrama.
- Wagner, C. (2008). *The New Invisible College: Science for Development*. Washington, D. C.: Brookings Institution Press.
- Whitley, R. (2006). *The Intellectual and Social Organization of the Sciences*. Oxford: Oxford University Press.

Referencias hemerográficas

- Alatas S. F. (2001). "The Study of the Social Sciences in Developing Societies: Towards an Adequate Conceptualization of Relevance", *Current Sociology*, 49 (2), 1-19.
- Altbach, P. (2002). "Knowledge and Education as International Commodities: The Collapse of the Common Good", *International Higher Education*, 28 (Summer), 2-5.
- Altbach, P. y U. Teichler: (2001). "Internationalization and Exchanges in a Globalised University". *Journal of Studies in International Education* 5 (1), 5-25.
- Cetto, A. M. y H. Vessuri (2005). "Latin America and the Spanish-Speaking Caribbean", *UNESCO Science Report 2005*. Paris. UNESCO.
- Kehm, N.M. y U. Teichler (2007). "Research on Internationalisation in Higher Education", *Journal of Studies in International Education* 11 (3-4): 260-273.
- Knight, J.: (2006). "Internationalization of Higher Education: New Directions, new Challenges". *2005 IAU Global Survey Report*, Paris: IAU.
- Kreimer, P. (2006). "¿Dependientes o integrados? La ciencia latinoamericana y la Nueva División Internacional del Trabajo". *Nómadas* (24), 199-212.
- Marginson, S. y M. Van der Wende: (2007). "To Rank or to be Ranked. The impact of Global Rankings in Higher Education". *Journal of Studies in International Education* 11 (3-4), 306-329.
- Naidoo, R. (2003). "Repositioning Higher Education as a Global Commodity: Opportunities and Challenges for Future Sociology of Education Work", *British Journal of Sociology of Education* 24 (2), 249-259.
- Rodriguez Medina, L. (en evaluación). "Enacting Networks, Crossing Borders: A STS Perspective on the Internationalization of the Social Sciences in Mexico", *Engaging Science, Technology and Society*.
- Turner, Y. y S. Robson (2007). "Competitive and Cooperative Impulses to Internationalization. Reflections of the Interplay between Management Intentions and the Experience of Academics in a British University". *Education, Knowledge & Economy: a Journal for Education and Social Enterprise*, I (1), 65-82.
- Vessuri, H. (1987). "La revista científica periférica: el caso de Acta Científica Venezolana", *Interciencia*, 12 (3), 124-134.
- Vessuri, H. (1988). "La improductividad en la Universidad de Sao Paulo (Brasil)", *Interciencia*, vol. 13, Núm. 5, sept.-oct., pp. 260-261.
- Vessuri, H. (2013). "El nuevo mantra de la diplomacia científica internacional: ¿Co-diseño de conocimiento? ¿Investigación integrativa?" *Humanística*, Universidad Javeriana, Santa Fe de Bogotá, vol. 76, julio-dic., Núm. 76, pp. 25-50.
- Vessuri, H., J. C. Guédon y A.M. Cetto (2014). "Excellence or Quality? Impact of the Current Competition Regime on Science and Scientific Publishing in Latin America and its Implications for Development. *Current Sociology*, 62 (5), 647-665.

